

con la autoridad que le daba su privanza con el rey, que todos conocían.

—Nadie, señor, contestó tan naturalmente el guarda, que Benavides se convenció de que nadie había entrado por la puerta de Nuestra Señora.

Siguió adelante, llegó al Alcázar y se metió en el cuarto del rey.

—¿Y su señoría, Sandoval? preguntó á uno de los camareros.

—Está durmiendo, contestó Sandoval; hace poco entré á ver si la lámpara lucía bien, y su señoría dormía profundamente.

—¿Pues por dónde ha entrado su señoría en el Alcázar? dijo para sí Benavides: que el rey entrase en Valladolid por cualquiera de las puertas y valiéndose de alguna industria, no lo extraño; pero estoy seguro de que el rey no daría su nombre para que le bajasen el puente, á la puerta del Alcázar, porque al toque de queda se llevan las llaves á su señoría la reina, y sería necesario ir á pedírselas, á lo cual de seguro no se espondría el rey. ¿Qué es esto, Señor, qué es esto? No lo entiendo; lo que entiendo es que esto basta para volver loco á cualquiera; porque pensar en que la reina puede tolerar trasnochos y malas costumbres del rey, es pensar en lo imposible; esto es de todo punto extraño: ¿qué habrá aquí?

Y Benavides se aturdió como todos los cortesanos, cuando ven en el palacio de sus señores algo que no se explica por sí mismo.

EN QUE SE VE Á CUÁNTOS PELIGROS ESTABA ESPUESTA ZAYDA FATIMA.

### I.

Aquel día supo don Juan que don Diego Lopez de Haro, su pariente por parte de su mujer, y su hermano don Juan Alfonso de Haro, y don Juan Nuñez de Lara, y don Nuño Gonzalez, habían desaparecido, poniendo fuego á sus campamentos del Campo Grande y del Puente Mayor.

Envió á sus servidores á todas las puertas de la villa, y resultó que por ellas, desde el toque de queda al toque de alba, no había entrado nadie.

Envió espías al campo del caballero del Aguila Roja, y los espías volvieron y le dijeron que aquel campo había sido abandonado, que habían desaparecido las tiendas, que ardían las barracas, y que se podía pasear libremente dentro de su estacada.

Esto significaba que todo el mundo se ponía en movimiento para tomar parte en la lucha.

## II.

El infante don Juan se fué á ver á doña Juana Nuñez, y la encontró de todo punto cambiada, distraída, oyendo de mala gana el nombre del rey, y hablando hasta por los codos del caballero del Aguila Roja.

—No hay que contar con esta loca, dijo para sí el infante; sobrepone sus caprichos á su ambicion: vámonos á ver á mi cuñada.

## III.

La reina habló ardientemente con el infante don Juan, le puso ante los ojos la situacion en que se encontraba, desamparada de todo el mundo, sin dineros, sin soldados, sin mas amparo que el de Dios, sin mas apoyo que el de los pocos leales que la quedaban, y le escitó á que con la autoridad que tenia, como tio carnal del rey, levantase en Valladolid la gente que pudiese y se fuese detrás de los Haros y de los Laras, y los combatiere, antes de que pudiesen unirse á la hueste de Aragon y la robusteciesen.

Púsole ante los ojos cuántas veces le habia favorecido, cuántas le habia librado de la muerte, y que se lo habia perdonado todo: la violencia que pretendió ejercer contra ella la noche en que moria Sancho IV, como el haber usurpado á su sobrino el reino de Leon y haber tomado autoridad y nombre de rey contra todo derecho: apeló al grito de la sangre, á la generosidad del honor, á todo cuanto puede apelar una madre desventurada que ve en peligro la vida de su hijo.

El infante don Juan prometió mucho, pero con la torcida intencion de obrar todo al contrario de lo que prometia.

Apareció ante la reina generoso y aun admirable, y dejándola consolada, porque el infante don Juan podia hacer mucho, puesto sinceramente de parte del rey, se fué á ver á este, á quien encontró acariciando á un azor mudado que tenia en el puño, y con el que se entretenia dándole á comer moscas, que cogia con gran paciencia y con gran destreza y al vuelo Juan Alfonso de Benavides.

Como la estacion era avanzada y habia gran follaje alrededor, abundaban las moscas y los moscones, que son compañeros inseparables del verano.

## VI.

—¿Cómo es que os separásteis de mí, señor? dijo suavemente el infante don Juan.

—La corriente, tio, la corriente, contestó el rey, dando á su azor una gran mosca de cabeza azul que acababa de cazar Benavides: sin saber cómo me he encontrado en mi cámara y en mi lecho. ¿Y sabeis que son unos buenos pájaros los Haros, los Laras, los Alburquerque, los Falque y qué se yo cuántos otros? Si se convirtieran en moscas haríamos que las cazara Benavides, que se pinta solo para esto, y saldríamos del paso haciendo que se las almorzase Valeroso; pero son unos moscardones de co-selete duro y aguijon fuerte, que el diablo que los eche mano: para ello se necesitaria una red que no tenemos, gracias á Dios; quiero decir, un ejército de buenos y leales caballeros como vos, mi buen tio.

Creyó encontrar el infante una espresion duramente hostil y friamente sarcástica en las últimas palabras de su sobrino.

—Dios da su derecho á quien le tiene, contestó el infante.

—Pero es necesario confesar, tio, dijo el rey, que nuestro derecho nos viene bien torcido. Tomad, Benavides, á Valeroso, y ponedle en la percha; me canso de todo.

Y dió el azor á Benavides, que se fué con él.

—¿Y qué haceis, infante don Juan, qué haceis que no re-tumban ya nuestras trompas por todo Valladolid llamando gente de guerra? ¿Creeis que esto tiene espera? ¿creeis que si los dejamos engordar y robustecerse podremos con ellos? ¡Vive Dios que nos hemos quedado solos, sin mas que cien ballesteros hidalgos y los doscientos malos rocines y los quinientos peones cansados que están en el Alcazarejo!

—¿Y la compañía franca del caballero del Aguila Roja, señor? ¿No fiáis en la lealtad de ese caballero y de su conjunto, el que se apellida el Sin nombre?

Miraba profundamente el infante al rey al pronunciar estas palabras.

—Sí que confío, dijo el rey sosteniendo mal la tenaz y profunda mirada del infante; pero ellos son pocos y los otros son muchos: es necesario ayudar á los leales.

El infante don Juan prometió al rey levantar en armas media Castilla y ponerse á su frente, y se fué, no para cumplir su promesa, sino para cargar en acémilas todo lo precioso que en su casa tenia, para marcharse aquella noche, como lo hizo, con su mujer y sus hijos y unirse á los rebeldes.

V.

Ya hemos dicho los medios á que apeló, viéndose tan desamparada la reina doña María.

Vengamos ahora á las asechanzas de que era objeto Zayda Fatima, y que la obligaban á cuidar de su seguridad.

De una parte la acosaban emisarios de su padre, que habia trocado de tal manera el amor que la habia tenido en aborrecimiento, que no pretendia menos que apoderarse de ella para castigarla á sangre.

Ya Zayda Fatima se habia visto obligada á dominar una in-

surreccion de parte de sus soldados, motivada por un renegado que habia tomado bandera en la compañía en Medina del Campo.

Este renegado era un moro granadino que, habiendo sido hecho cautivo en uno de los combates de los moros con los cristianos en la frontera de Granada, se habia enamorado en Jaen, donde le habia vendido el soldado que le habia cautivado, de la sobrina del canónigo que le habia adquirido como esclavo.

Enamoróse á la par la sobrina del cautivo, que era muy buen mozo, burlaron la vigilancia del canónigo, le robaron y se escaparon á tierras de Castilla, en donde, convirtiéndose el moro, se bautizó y se casó con su amante para desarmar al airado tio, cuya pingüe herencia en tierras, que no habian podido traerse los prófugos, debia heredar la sobrina.

Pero aconteció que esta murió á poco de haberse casado; que nuestro renegado gastó bizarramente el dinero robado al canónigo, y que se encontraba sin blanca cuando Zayda Fatima levantó bandera en Valladolid para asoldar gente al servicio de la reina.

Rodriguez, que tal apellido con el nombre de Pablo habia tomado el renegado, conoció á Zayda Fatima en el momento en que la vió, porque Hamete-el-Zeirí, que así se llamaba el renegado antes de cristianarse, habia pertenecido á la guardia del rey de Granada, y por esta razon conocia mucho á Zayda Fatima.

## VI.

Ocurriósele la idea de una gran ganancia á Rodriguez, y pidiendo con un pretesto licencia de algunos dias á Zayda Fatima, y obteniéndola, se fué á Granada, se presentó en la Alhambra y dijo al alcaide de la Puerta Judiciaria:

—Si tú quisieras, walí, ganar una gran recompensa, dirias á

nuestro escelente señor Mojammet, á quien Dios prospere, que aquí está uno de sus soldados que fué hecho cautivo hace un año en la batalla de Arjona, que ha andado por tierras de Castilla, que ha encontrado á la noble infanta Zayda Fatima, su muy querida hija, y que le trae noticias de ella.

El walí no esperó á que se lo dijese dos veces Hamete-el-Zeiri.

Público era el duelo que el rey de Granada habia hecho por la desaparicion de su hija, y notoria la recompensa que daria al que le llevase noticias de ella.

Así es, que el walí se llevó á Hamete á los alijares, donde estaba el rey de Granada, al que encontraron en un magnífico jardin entreteniendo su tristeza, que no le abandonaba un punto desde que perdió á su hija predilecta, con echar pan á los ánades de todos colores que poblaban un clarísimo estanque.

Dió el walí el mensaje, púsose pálido el rey al escucharle, despidió al walí, y llevando al renegado á una galería tan primorosa, que parecia hecha de marfil, le dijo, mostrándole el generalife, la Alhambra, el Albaicin, la ciudad, la vega, los montes, todo lo que se veia desde allí:

—Tráeme mi hija, y te entrego toda esa maravilla.

—Tu hija, señor escelso é invencible, contestó Hamete, no es tan fácil de traer como tú piensas, porque la rodean leones.

—¿Y qué leones son esos que la rodean? dijo con desprecio Mojammet: ¿los castellanos, á quienes yo venzo siempre que se ponen al alcance de mi lanza?

—Tu hija la noble infanta Zayda Fatima, señor, contestó Hamete, no es ya una débil mujer, sino un leon bravo.

—Ya sé, ya sé, dijo el rey, que despues de haber estado tres años al lado de la noble reina de Castilla, ha desaparecido, no se sabe con quién ni por qué.

—Yo no sé nada de eso, señor, contestó Hamete: lo que sé es que, habiéndome llevado mis desventuras á Medina del Campo, viéndome pobre, desesperado y desconsolado, y habiendo levantado bandera para tomar gente á sueldo un capitán de aventuras, me presenté á él, y juzga cuál seria mi sorpresa cuando

en aquel capitán reconocí á tu hija, la alegría del cielo, la luz de la hermosura, el arcángel del sétimo cielo, Zayda Fatima.

—¿Y no te diste á conocer á ella?

—No, por el Dios Altísimo y Único, contestó Hamete; porque como todos tus esclavos, señor, sabíamos lo que habias llorado á tu escelente hija, yo dije para mí en cuanto no tuve duda que era ella: disimularé, y á la primera ocasion iré á decir al rey mi señor que su hija está en Castilla con el nombre del caballero del Aguila Roja, y como capitán de una brava compañía franca.

Ardió la mirada del rey Mojammet.

—¿Cómo! dijo: ¿la sultana Zayda Fatima es capitán de una compañía franca? ¿ella, convertida en un guerrero formidable, porque no puede serlo menos el que gobierne á esos tigres castellanos, á quienes no podemos echar mas allá de nuestras fronteras! ¿Y cómo esas rudas gentes obedecen á una mujer?

—Por mujer no la tienen ni la conocen, contestó Hamete, sino por un fuerte mancebo, tan esforzado y tan diestro en armas, que fué bastante para matar en buena lid y de un bote de lanza al que era capitán de aquella gente, y para hacerse aclamar y respetar como capitán por la compañía.

—¿Y con qué dineros mantiene la sultana Zayda Fatima esa gente de guerra? preguntó el receloso Mojammet.

—Debe tener tesoros, porque en Medina del Campo tomó á sueldo mucha gente y buena, así de á pié como de á caballo, y la proveyó de armas y de cuanto era necesario para hacer la guerra; y tan bien armada y montada está esta gente, y es tan escogida y tan dura, que difícilmente podrá encontrarse otra compañía franca ó de rey tal y tan buena como la del caballero del Aguila Roja, que así se llama la sultana Zayda Fatima.

—¿Y por quién tiene esa gente la sultana?

—Por la reina doña María.

—Y dime: ¿no hay ningun hombre á su lado tal, que pueda decirse que ella le ame?

—No, señor invencible, porque al lado de la sultana, y como otro capitán de la compañía, no hay mas que un caballero viejo